

La experiencia del mal

Silvestre Manuel Hernández

Universidad Autónoma Metropolitana

Porque donde hay mucha ciencia hay mucha molestia,
y creciendo el saber crece el dolor.

Eclesiastés, 1, 18.

La bondad rebasa por sistema la conciencia del mal,
porque la conciencia del mal es ya el deseo de la redención.

Gaston Bachelard

Resumen

El mal, en la cultura de Occidente, ha sido explicado o referenciado desde distintas disciplinas, la filosofía, la teología, la literatura e incluso la ciencia; pero en todas ellas, no ha habido una respuesta contundente sobre su origen y expansión. Por ello, conviene más hablar de una “experiencia del mal” que de una “ontología del mal”. Y, de acuerdo con esto, el objetivo de este ensayo es hacer una reflexión general sobre la vivencialidad del mal, apoyándose en supuestos o visiones contextuales del problema.

Palabras clave: Mal, bien, experiencia, Dios, libertad humana.

Introducción

El ser humano está en el mundo, vive su realidad, transforma su existir y varía sus pasos de acuerdo con su sentir y pensar.

Y en cierto momento busca explicaciones, anhela respuestas; y muchas cosas se le vuelven problemas, aporías, paradojas, máxime si se encuentra en la creencia de un *Ser Supremo*, bueno y todopoderoso que gobierna el universo, los peldaños del Hombre.

Y en ello, todos somos partícipes de una gama de actitudes y formas comportamentales, pero sólo algunos tienen el interés, o la mala fortuna, de intentar desglosar el *mal*, es decir, hacerle frente con la inteligencia y los medios conceptuales y categoriales que nos ha dado la cultura, o tratar de exorcizarlo a base de oraciones y súplicas a un ser trascendente a nuestra realidad, que en cuanto creación intelectual–imaginaria sólo sirve como contraparte del *mal*, pero no permite asirlo. Así, dentro de la convivencia social, uno puede sentir el *mal*, en su faceta real, cuando nuestra persona, o la de un semejante, se ve afectada en alguno de sus elementos, ya sean físicos, morales o espirituales.

Lo anterior, y el devenir humano, nos muestran que los estudios sobre el *mal*, en gran medida, se han enfocado en el aspecto religioso y subjetivo del hombre, y su finalidad ha sido llegar a un imaginario colectivo que comparta la misma visión del *mal*: algo que impide la plena realización del ser humano. Sin embargo, estos enfoques conllevan una deficiencia, la cual radica en la falta de un cuestionamiento profundo que fundamente las tesis sostenidas, es decir, que vaya al origen del problema y externe una *Razón del por qué*.

Esto ocurre en todos los ámbitos del quehacer humanístico. En la filosofía, las posturas que se conocen, en su mayoría, son deducciones o suposiciones por contraparte de un análisis del *Bien*, desde la metafísica o la ontología, o desde los “actos buenos” de acuerdo con tal o cual interpretación ética. Entre tanto, la literatura ficcionaliza y plasma el *mal* con personajes y ambientes que muestran la miseria y sordidez humana en el

centro de un círculo bordeado por la realidad, la fe, el destino y la voluntad.

Al mismo tiempo, la religión y la ciencia definen y defienden su marco de acción y dejan el arbitrio a la parte interna de las personas, a su trato con *los otros*. Pero siempre hay algo más por preguntar, en estos y otros saberes, algo por vivenciar, aunque en ello el *mal* nos aceche.

I. El por qué

La búsqueda de un *sentido* de las cosas o de la vida, supone un recogimiento *en-sí* provocado por el ver, oír, pensar, imaginar y sentir. Ese *algo* nos sobrecoge maligna o dignamente, hasta hacer que gran parte de lo que “sabíamos” nos resulte insubstancial, vacuo, de más, extraño al tiempo y razón vivido por nuestro ser. Máxime, si la inquietud deviene pregunta, duda, crisis; vuelta al origen del asombro, al ver nacer entre nosotros *algo* inexplicable, demandante de un *por qué*, de una justificación a su existir, donde palabras y conceptos *de-significan* lo aludido. Pues, ¿cómo delinear el rostro del mal? Si las distintas experiencias humanas, sensibles y cognitivas, sólo sirven para crear algunas imágenes del mal, ciertas representaciones discursivas del mismo, pero el paso del vivir, válido de la filosofía, la literatura y la teología, no ha terminado de correr el velo del mal. Es como si hubiese “una potencia y un *enigma* del mal que se pueden situar en el corazón mismo del fenómeno humano y que poseen una consistencia propia más allá de toda manifestación empírica”(Sichère, 1996: 15).

Tal vez por eso, la determinación humana, falible o precipitada; esa carga echada a cuentas en un punto y hasta la totalidad de la misma existencia, mezcla de decisiones, deseos y juicios temporales y finitos, sea el impulso consciente o inconsciente para cometer el mal. Y esto no sea sino una lucha

en contra del destino transformado en trabas a la felicidad, una reacción por no encontrar el *sentido* de la vida, por la pérdida en la incertidumbre humana. Sí, quizá así sea, la vulnerabilidad del hombre, el desorden del mundo, inclinan a pensar en el mal como un factor irrechazable en la vida. Pues si pudiéramos palpar cada existencia individual en su hacer desnudo, encontraríamos más cosas condenatorias que salvíficas, ética y religiosamente hablando, y el bien y el mal serían la medida de nuestra alma.

¿Qué categorías, qué principios han moldeado la realidad al acacer de los sujetos? Puede que sólo el *bien* y el *mal*, en tanto condiciones cualitativas en el orden del *sentido* que el hombre da a los actos y a las cosas. Sin embargo, quedan interrogantes: ¿el *mal* es la condición primaria de la realidad, cuando se percibe como algo dañino para uno mismo o para *el otro*? ¿por qué es un problema “humano” y no científico, si en ambas esferas el nexo común es el Hombre? La respuesta sigue ahí, en el “saber”, en el sentir, en lo todavía no abarcado. Pero algo se deduce: la existencia del mal es algo constitutivo a la propia racionalidad, una certeza de la variabilidad humana, una constatación de *algo irracional* de la historia; pero, también, es un impulso cognitivo, sensible y moral para buscar el *Bien*. Pues cómo evadir la reflexión del *por qué* las cosas pasan “como pasan” y no de otra forma, cuando en ello anida el dolor, el sufrimiento, la rabia y el desencanto hacia la vida.

Así, lo que nos rodea, el espacio y el tiempo, mental y físico, nos limita, nos predetermina al sufrimiento, a la alegría, a la muerte y a la nada. Pero qué pasa en ese *inter vivencial*, creamos arte, ciencia, pensamiento, hacemos historia e intentamos responder algunas preguntas fundamentales en nuestro paso por la vida, como son: ¿qué es el hombre?, ¿existe Dios?, ¿cuál es la razón por la cual existo?, ¿vale la pena vivir?, ¿para qué sirve la fe, verdaderamente?, ¿qué es el *mal*? Entre otras cues-

tiones, ineludibles cuando nos asomamos a nuestro interior. Y al preguntar sobre el *por qué* de algo que nos afecta, deseamos encontrar una *razón* a nuestro padecer, pero, por lo general, siempre llega el silencio, como un gran abrigo, como el antecedente óptico del *mal*.

Y ante esto, surge la pregunta de ¿cómo eternizar en un instante la experiencia del *mal*, no explicarlo con juicios, ajenos a la intimidad del sentir? Cuando sólo se tiene la ausencia de un referente concreto; pues el mal es *algo* tendiente a explicarse ontológicamente, *eso* perdido en la memoria del interrogar mismo. Lo cual desemboca en incitaciones, en palabras que atañen a una forma de sufrir el *mal*, mas no a un modo de asirlo. De todo, sólo queda una hipótesis ha investigar, plasmada en una imagen, donde se trasluce el dolor humano de sentirse, más que dañado en lo físico y moral, abandonado en la finitud, fuera de cualquier tipo de trascendencia de lo ordinario del vivir. ¿*Por qué?*

II. El vivir

El mal, al igual que la muerte, se acerca, lentamente, en silencio, entre aquello que vemos *sin ver*. Y nos damos cuenta de él a través del dolor, la enfermedad, la desesperación, la angustia; y, una vez anidado en algún resquicio de nuestra humanidad, se alimenta del recuerdo, de la voluntad, de las esperanzas, hasta ir enflaqueciendo el espíritu y secando la mirada. Si, el *mal* se siente, impregna el cuerpo, desvía nuestra atención de lo que consideramos importante, por muy temporal y relativo que sea, y nos hunde en la indecisión, en el vaivén de los principios y valores con los cuales guiamos nuestros actos, por más intrascendentes que sean.

Ahora bien, los sentidos nos permiten dar cuenta, en buena parte, de las cosas que nos rodean, y la razón posibilita encon-

trarles un *sentido* en nuestra vida a esos mismos hechos vividos, dígase, experimentados: buenos o malos.

La sensibilidad, cualidad albergada entre los sentidos y la facultad deliberativa, nos pone en tensión cuando algo atraviesa los sentidos y la razón y se ahonda en quién sabe qué parte de nuestro ser, y desde ahí regresa a los sentidos y a la razón, en forma de interrogante: ¿qué es esto? ¿Y qué pasa si todo lo que yo creo es falso? ¿por qué ser y no nada? ¿por qué el término *bien* está por encima del *mal*? Y así hasta lindar con la metafísica, la ontología, el misticismo, la escatología, la religión, y en ninguno de los casos las “respuestas” nos satisfacen plenamente. Y qué nos queda, la vana ilusión de “explicar” las cosas mediante palabras que sólo aluden a algo próximo de los objetos, internos o externos, que nos inquietan, mas lo prístino de las cosas se queda *ahí*, en lo temporal y aleatorio de la sensibilidad.

III. El fluir

La historia del pensamiento nos ha mostrado la necesidad de acercarnos a los entes con las facultades que la naturaleza nos dotó, para ver hasta qué grado son creaciones de nuestro pensamiento y sentir, o son producto de una transformación natural. La literatura, al recrear escenas y personajes “del mal”, abre un abanico de interpretaciones y sentidos del *mal*, pero no responde a ¿qué es el *mal*?, simplemente embellece la desgracia humana, la hace digna de atención. La tragedia griega plasma al ser humano en medio de la contingencia, de lo vulnerable, abandonado al *Destino* y en disputa con los dioses.

La escritura y los matices se dan, con uno u otro novelista o poeta en tal o cual periodo, pero el problema latirá en ambientes o escenas: del Iago de *Otello* al Mefistófeles de *Fausto*, del *Don Juan* de Molière a *La Juliette* de Sade o de *Los elixires del diablo* de Hoffmann al mal en tanto “corazón de las tinieblas”

de Conrad. Al “florilegio negro” se adjuntan otros tres escritores: Baudelaire, Dostoievski y Mauriac.

El siglo XIX francés trazó las bases para que Charles Baudelaire, en *Les Fleurs du Mal* (1994), a través de la sexualidad, develara al mal como algo que irradia en la naturaleza corrompida por el pecado y destruye la visión idealista de la naturaleza. Mientras, la belleza está asociada a la mentira y al mal. Al autor le interesa el mal para transformarlo en arte verbal, en una “flor del mal”, y en cuanto evidencia de pérdida de libertad en el ser humano. Por su parte, el dolor es visto en correspondencia con el mal irreparable, como un preámbulo de la muerte. Para Baudelaire, el mal no es algo externo a la consciencia, sino la vía para el conocimiento de sí mismo.

Por su parte, Fiodor Dostoievski, creador de lo esperpéntico en la literatura, en *Crimen y castigo* (1981) presenta el problema del mal, de manera profunda, psicológica, valiéndose del motivo del crimen y el trasfondo de un mundo inocente. El escritor ruso explora los aspectos más sombríos de la existencia humana. Sus personajes están comprometidos en sus relaciones decisivas, radicales entre ellos y lo absoluto. “¿Existe Dios?”, es la pregunta de Iván a Aliosha en el libro V de *Los hermanos Karamasov* (1958), interrogante que llevará la discusión hacia el mal absoluto, el sufrimiento del inocente. El mal, se vuelve algo ininteligible, inaprehensible por los conceptos. El mal puro, *en-sí*, necesita del *bien absoluto*, la inocencia infantil; y ambos, albergan el dilema ontológico del *por qué* del mundo y su Creador, del pecado original y de la responsabilidad del hombre hacia el mal en el mundo, en medio del sufrimiento y los argumentos y contra-argumentos posibles de esgrimir.

Sin embargo, los cuadros más deslumbrantes y desgarradores sobre el misterio del mal en las pasiones, en la historia y en la voluntad de poder; el mal contrapuesto a la pureza y la esperanza; el mal que impregna el lado oscuro de la natu-

raleza humana; tal vez sean los del escritor católico Francois Mauriac, quien a la vez que realiza una penetración psicológica del drama de la vida humana, muestra los destellos de la fe y la divina gracia que iluminan las tinieblas. Pero también evidencia el mal que impregna la realidad, se sumerge en las almas atormentadas por el peso de sus actos y plasma sus intenciones ocultas. Pues Mauriac, *es la miseria de la carne predestinada a envejecer, a pudrirse: la miseria del alma tentada y pecadora en el corazón de la peor luz espiritual; es la angustia de Dios en el corazón mismo del mal* (Mauriac, 1979: 24).

La religión, desde sus divinidades y preceptos, exculpa a Dios de cualquier *mal* en el ser humano, y deja a éste toda responsabilidad de sus actos, es decir, reconoce el libre arbitrio; mas de ninguna forma responde a qué es el *mal*, más allá de la vulgar contingencia, donde el hombre se encuentra más inclinado hacia el *mal* que hacia el *bien*. El Diablo, simbólicamente, exculpa a Dios y al hombre del mal en el mundo. Para el cristianismo, el mal está relacionado con el pecado de la carne, y el dolor se justifica porque de ahí nacerá la purificación espiritual. Y, tal parece, el mal está determinado por las condiciones de lo espiritual y quizá también por “lo dado” (la libertad, la fe, la voluntad) al hombre, de donde surgen las marcas y señales que hacen posible calificar algo como *malo*. Pero, tanto en la religión como en otros planos, la realidad del *mal* es la existencia concreta del sufrimiento real.

Por su parte, la filosofía se vale de instrumentos intelectuales, analógicos, para intentar dar una razón del *mal*, pero todo queda en órdenes discursivos cuya “verdad” no disminuye la incertidumbre del silencio.

Hesíodo sentenció, *Quien hace el mal a otro lo prepara para su propio corazón*. Aquí ya encontramos un sentido inmanente del castigo, consecuencia del mal, pues esto implica que en algún momento, quien causa un mal, recibirá una sanción por

tal acto, ya sea de manera externa (por otros hombres) o interna (el juicio y la mortificación de la consciencia).

Sin embargo, Sócrates es la figura ejemplar para ver la materialización del mal radical. El filósofo prefiere sufrir un mal (beber la cicuta) que hacerlo (romper las normas de la ciudad, cometer injusticia o desobediencia). Por ello, hace prevalecer la virtud a costa de su vida (Platón, 1983). De la misma forma, es el punto de partida del cuestionamiento *onto-ético* del mal: qué lleva al individuo a hacer el mal, pues nadie se dirige voluntariamente a él, ni a lo que se tiene por mal, porque no está en la naturaleza del hombre abrazar el mal en lugar de asirse al bien.

En este sentido, recordemos que en Platón (1991) aparece el *mal* como una carencia, como negación del bien, del ser bueno-bello-justo, es decir, como contra-argumento del trinomio eidético hacia el cual debía tender el hombre de la *polis*. Y en este contexto, el *mal* está encerrado, o mejor dicho aislado, del entramado verbal con el cual se conceptualizan los objetos del pensamiento (ideas), pero el *mal* mismo no deviene ente cognoscitivo.

En el siglo IV ateniense encontramos a Epicuro, nacido en Samos, para quien el bien y el mal sólo existen en la sensación, la cual se cancela con la muerte. A él se le atribuye la formulación de que o bien Dios puede impedir el mal y no lo hace, con lo que no es bueno, o bien quiere impedirlo y no puede, por lo que no es todopoderoso.

Tendrán que pasar varios siglos para que el *mal* ascienda de las entrañas del hombre común, de sus penas, sufrimientos y dolores, al plano del cuestionamiento, del *por qué* me pasa esto, como lo contemplamos en el relato de *Job* (*Sagrada Biblia*, 1968: 652 – 682). Y sólo aquí el *mal* cobrará importancia en cuanto objeto de reflexión que aprisiona al ser humano desde las células y órganos del cuerpo, hasta las sutilezas del

raciocinio y la búsqueda trascendental de una respuesta depositada en un *Ser*, producto de la misma mente, que parece guiar los destinos terrenos, pero cuya voluntad es incognoscible: *Los caminos de Dios son insondables y están más allá del entendimiento humano*.

Las *Tablas de la ley*, con su institución de una moral sustentada en la prohibición del incesto, crearon la noción de maldad en cuanto transgresión de ciertos principios (de represión), y en consecuencia el imperativo de *castigo* se inscribió en la consciencia humana (Alberoni, 1992). Para el siglo II de la era cristiana, la religión dualista del gnosticismo intentó desarrollar un sistema de pensamiento que respondiera al problema del mal, obviamente impregnado de señalamientos teórico-teológicos y desde su dualismo: una realidad constituida por los principios de bien y mal, independientes y antagónicos. Desde entonces, Dios y mundo se perfilaron entidades autónomas y antagónicas, y la cuestión del mal se agravó porque la teología se apegó a la idea de la existencia de un *Ser* todopoderoso y benevolente, aunque en la faz de la tierra rondara el mal. Doscientos años después, Lactancio reflexionaba: *o Dios quiere suprimir los males y no puede, o puede y no lo quiere, o quiere y puede. Si quiere y no puede es impotente, cosa que desdice de Dios; si lo puede y no lo quiere, es malo, lo cual tampoco es propio de Dios; si ni lo quiere ni lo puede es, a la vez, malo y débil: o sea que no es Dios. Si quiere y puede, cosa que sólo es propia de Dios ¿de dónde provienen los males y por qué no los suprime?*(Ferrier, 1967: 29).

San Agustín (1952), a finales del siglo IV, influido por el platonismo, y bajo la reconciliación teológica con la creencia de un Dios benevolente, hacedor de todo lo que existe, concibe el *mal* no como una esencia, sino como una privación de bien, como *algo* cuya naturaleza puede hacer daño. Para el teólogo-filósofo, el mal no fue creado por Dios, pues su obra es buena de forma absoluta. Sin embargo, algo creado bueno puede

perder parte de su bondad, cuando el mal se impone sobre las almas, y éstas se alejan de las cosas elevadas y plenas en favor de las menores o impuras.

Entre los años 523 y 524, Boecio permanece encarcelado en Pavía y, poco antes de ser ejecutado, termina la redacción de *La consolación de la filosofía* (1985), donde, en el libro cuarto, trata de conciliar la bondad divina con la existencia del mal en el mundo. Y sentencia lo siguiente: *De hecho, nada hay que tenga por fin el mal, ni aún el mismo proceder de los malvados; pues, como ya hemos demostrado ampliamente, es el error el que los ciega y desvía en su búsqueda del bien; mucho menos se podrá pensar que el orden, que dimana del quicio universal que es el bien supremo, se desvíe jamás de su principio.*

En la Edad Media, se concibió al hombre como algo intermedio entre la nada y Dios. En la Modernidad, René Descartes (1990: 120 – 127) retoma esta postura, al exponer su teoría del error y aceptar, en la Cuarta Meditación: *Me veo como en un término medio entre Dios y la nada.* Aquí, aparte de quedar el hombre entre dos categorías trascendentales, se evidencia que cada acto será responsabilidad suya, ya sea conservando su *fe* o sólo apelando a su razón; y en medio de esto perviven las acciones, buenas o malas. Pero, de manera alegórica, el racionalismo cartesiano es una forma de controlar lo azaroso, el mal.

Leibniz, en su *Teodicea* de 1710, creía que Dios es esencialmente bueno e inocente de todo mal. Pues, para él: *Nada de lo que en la creación se encuentra de malo e imperfecto se le puede imputar. A causa de su sabiduría y bondad infinitas, Dios se siente inclinado a crear un mundo al que comunicar algo de su perfección. Al crear lo hace libremente con libertad metafísica, es decir, no se ve movido necesariamente a crear. Por el contrario, siendo su sabiduría y su bondad infinitas, no puede crear por necesidad moral sino lo mejor. Un Dios bueno no puede crear sino el mejor de los mundos posibles y si en este mundo aparece el mal,*

es porque metafísicamente, por la misma condición natural de las criaturas, este mal es inevitable (Ferrier, 1967: 31).

En tal argumento está operando el Principio de Razón Suficiente, el cual es una forma de justificación del mal en cuanto elemento ínfimo de la razón. Leibniz parece decirnos que Dios, al crear, obra el bien. Lo cual no implica que todas las criaturas, *buenas en- sí*, hagan *un bien total*, ni que un bien mediano se transforme en *mal*. Porque si el mejor de los mundos posibles es un bien, un mundo de mediana perfección sería un *mal*.

Aun así, a la idea de que vivimos en el mejor de los mundos posibles, en medio de sucesos establecidos bajo una razón superior al ser humano, de Leibniz; Voltaire respondió desde la “razón individual” y desde el instinto de sobrevivencia (tuvo presente la peste de Marsella, del verano de 1720, y el terremoto de Lisboa de 1755): ¿pero qué pasa cuando el mal llega a mí? ¿qué justificación se me puede dar? No se ve el mal personal como algo generado por un poder supremo, necesario para el devenir de los seres y las cosas, sino como algo generador de dolor, contrario a cualquier teodicea ilustrada.

Empero, tanto en Descartes; en Spinoza, para quien el mal es una idea abstracta, algo externo a la esencia del hombre, el mal llega de fuera [*Cartas del mal* (1986)]; como en Leibniz; las respuestas al *mal* valen en cuanto coherencia lógica, no en tanto consuelo real a los males vividos.

En 1793, Kant publica *La religión dentro de los límites de la mera razón* (1981), donde una de las cuestiones es el problema del mal en la naturaleza humana, visto en contraposición con la autonomía de la voluntad y acentuado por las afirmaciones de que: “hay un mal radical innato”, “el hombre es malo por naturaleza”, “hay en el hombre una propensión natural al mal” y porque el mal no se puede exterminar sólo con las fuerzas humanas. Pero, lo anterior es puesto en crisis debido a los conceptos de instinto y propensión a, característicos del ser humano.

En esta vertiente, el mal moral existe en función de que los sujetos optan por llevar a cabo una acción opuesta a la ley moral, mientras que la voluntad que busca la conformidad con la ley moral tiene como objetivo el supremo bien. Lo que le preocupa a Kant es esclarecer que los individuos tienen la libertad para determinar su propia voluntad y, bajo este supuesto, el mal es el resultado de una decisión, de una “elección libre” de un sujeto que contraviene algún mandato de la ley moral.

Schelling, en sus *Investigaciones filosóficas sobre la esencia de la libertad humana* (2004), considera que el mal es algo universal pero irrealizable, existe en cuanto posibilidad en el hombre, como un principio oscuro en la voluntad; sin embargo, al ser humano le queda la libertad para elegir el *bien* o el *mal*.

Ya en el siglo XX, en Ricoeur (2004), el hecho del mal, que no es una *cosa*, una *substancia* o una *naturaleza*, incide en su filosofía reflexiva, y el hombre está inscrito en el hacer, en la contingencia. Por esto, en el diálogo moral el sujeto adquiere un carácter no-objetivo, al percibir su propio ser como el único capaz de determinar lo bueno y lo malo, esto es su singularidad, su derecho ante el *otro* y frente al mundo. Con esto, el mal compete a una problemática de la libertad o de la moral. Así, se puede ser responsable de él, asumirlo, confesarlo y combatirlo. El *mal* está inscrito en el corazón del ser humano (sujeto de una ley o sujeto moral); no se encierra en el *Ser* o en la fatalidad cósmica. El *mal* procede de la falibilidad de los individuos.

IV. El aún no

La cultura griega sigue operando en nuestros referentes individuales y sociales. Pues en la ética de aquella época, donde la conducta del hombre estaba dirigida por la razón, el mal encarnaba en las pasiones. Quizá de ahí surge la oposición del principio hedonista que fundamenta la moral del sentido co-

mún y se reinscribe en la ética utilitaria: “la única cosa que es buena en sí misma es el placer, y al única cosa que es mala en sí misma es el dolor”.

Entre tanto, el mal, en el ámbito social, sólo puede limitarse por la acción de la justicia y el ejercicio de la política, mas no eliminarse, pues siempre están de por medio los intereses individuales. Ante esto, la “naturaleza humana”, envuelta en las pasiones y la fragilidad del ser, se vuelve un desafío al orden social. Lo cual devela al individuo como un sujeto tendente tanto hacia el bien como hacia el mal, con las mismas posibilidades de construir un espacio común regido por la armonía o el caos.

Ahora, ya visto en perspectiva, el *mal* necesita de un espacio de identificación conceptual, dentro de la relación interpersonal, el cual está dado por la ética y el derecho, donde el *mal* define al *bien*. En ambos casos, se presupone un sujeto padeciendo algo, de tal modo que ese mal que lo afecta sea identificado de manera general, para después, ya en la práctica, entender por mal “lo que no se debe hacer”. Así, la moral se orientará a la superación del mal en la esfera práctica. Al mismo tiempo, al cuestionar la noción de identidad, natural o espiritual del hombre, lo que se pone en entredicho es la “legislación ética” del ser humano, lo que trae aparejada una delimitación de lo que es el mal, de aquello inconveniente para el género humano. Y, el renunciamiento, el desahogo de ciertos “valores” que llegan a guiar la vida, resultan ineludibles, casi como un *deber ético*, y no como un *mal vivencial*. Mientras, el mal, sustantivado, puede aparecer como algo sin *valor*, *eso* que sólo se enuncia pero no *es*.

V. El aparecer en las cosas

La ciencia y la técnica, en su afán de racionalizar todo, hicieron a un lado cuestiones que no tenían que ver con lo me-

dible y cuantitativo, entre ellas, lo tocante a la ética y lo espiritual, como son el bien y el mal; y dieron la pauta para pasar del plano individual y experiencial del mal, a la colectividad y circunstancialidad de lo perverso y dañino, es decir, hacia instituciones o sistemas malos para los seres humanos; la maldad de hombres, la agresión activa o disimulada. Y el mal dejó de ser enfrentado con conjuros y súplicas, y se echó mano de la fuerza y el poder: el ponerse en el lugar del *otro* era impensable, el mal tomó otras formas.

Asimismo, los adelantos técnicos y científicos, conforme fueron desglosando la naturaleza y los objetos, y se aventuraron a emitir hipótesis sobre la creación del universo, nos dieron cuenta de su especificidad, argumentativa y experimental, hasta donde las condiciones lo permitieron. Mas esto no resolvió todas las cuestiones fundamentales para el ser humano, propiciando que el hombre se volviera sobre sí mismo, para preguntarse, una vez más, como en la Grecia Clásica, sobre su ser, sobre su relación con los otros, y nuevamente cuestionara conceptos e ideas forjadores de la cultura occidental. No olvidemos que los conceptos y las ideas, así como las categorías, aparte de crearnos una “visión del mundo”, nos moldean la conducta, y hasta en cierto momento nos regulan la forma de sentir a los seres y a los entes. Mas ante las abstracciones científicas, el desencanto de la economía y la política, y la frialdad de la técnica, quizá sólo queda el reconocimiento de la realidad concreta del ser humano, sensible, vulnerable, activo o pasivo ante lo inesperado o inexplicable, portador de algo único ante la experiencia del *mal*.

El *mal*, en tanto concepto, se aloja en la obscuridad de la subconsciencia, disipándose tan pronto se le descubre y se le intenta conjurar con abstracciones conceptuales como los valores, ya sean artísticos, religiosos o morales. Mas de repente se aparece, y nos damos cuenta de él cuando otro ser humano se

duele de algo físico o espiritual, y hacemos lo posible por encontrar la causa y terminar con ella. Pero hay orígenes casi inescrutables, en los cuales se nos va parte de la existencia, hasta darnos cuenta de las argucias e ironía del preguntar cuando no se ha delimitado plenamente el objeto de interés. Por ello, podemos decir, como hipótesis, que el contacto con la pasión y el dolor, con el pecado, nos humaniza, y esto descubre el camino de la maldad, la cual no llega a nosotros por designio alguno, sino por medio de nuestras acciones le vamos dando forma. Sí, “el mal es una opción omnipresente dentro y fuera de nosotros mismos [además], el mal no sólo “está allí afuera”. Acecha desde dentro, a veces astutamente disfrazado de devoción o idealismo” (Oz, 1993: 21). Y, quizá no sea injusto señalar que la necesidad material y espiritual orillan a la maldad. Podría decirse que se comete el mal porque se es desgraciado. Así, el mal nace de la insatisfacción humana, de la miseria interna y externa: el mal es consecuencia de una carencia, y lo *bueno* y lo *malo* no tienen fronteras tangibles en los impulsos de los sujetos.

Quizá exista una “noción objetiva” de lo bueno y lo malo, funcional, en la convivencia de los individuos, independiente de los imperativos sociales; es decir, primero se experimentan ciertas formas de compartir los espacios, los tiempos, las creencias y lo material de la subsistencia, y después se va creando la conciencia moral, con lo cual advienen los conceptos de *bien* y *mal*.

La soledad, la angustia, la decepción, el desencanto; cuál de estos estados de ánimo, o cuáles otros, nos sensibilizan para ver el *mal* desde otro enfoque, para aceptarlo como un fenómeno natural en el ser humano, para ya no decantarlo desde una entidad trascendente hasta una realidad eidética, sino asirlo *ahí*, en el vertiginoso desaparecer de las personas, en su apenas vivir, en su inacabado preguntar.

El *mal* tiene mucho que ver con cómo ve uno las cosas; o más propiamente dicho, cómo es que las cosas y los seres han

influido en nosotros, de tal forma que nos crean una manera distinta de acercarnos a los entes, copartícipes de nuestro paso por la tierra. Por ello, no se puede hacer a un lado esta o aquella vivencia, por más dolorosa que sea, porque en su seno puede albergarse la forma en cómo nos acercamos al *mal*.

Conclusión

La pregunta seguirá. ¿Qué impulsa al ser humano a cometer el *mal*? Tal vez el placer momentáneo de la “acción libre”, la puesta en práctica de la voluntad, el hartazgo del mundo y de la vida, la falta de juicio. Quizá el *bien* y el *mal*, a final de cuentas, no sean sino las únicas opciones que tienen los sujetos en su tránsito existencial. Y el problema radique en los motivos o “razones”, en los hechos, para inclinar la balanza del *hacer* y del *abí*, hacia uno u otro lado. Pues, “la experiencia del bien y del mal se aplica tanto a lo que nos hacen como a lo que hacemos a los demás [...] Porque es cierto que hacemos el mal, pero también es cierto que amamos; y el amor es el remedio del mal [ya que] sólo la afirmación puede superar la negación; el mal sólo puede ser integrado por el bien; al odio sólo lo puede abatir el amor” (Burton Russell, 1996: 335 y 337).

El *mal*, necesariamente, se encuentra preso en ese triángulo formado por Dios, el hombre y el Diablo, sin tener preponderancia alguno de los vértices; pues cada uno es dependiente de los otros, mientras que el mal sólo depende del misterio del tiempo humano. Así, entre la obscuridad y la luz, el mal apunta verticalmente hacia el hombre, quien sólo tiene de protección su consciencia y la bondad, mezclándose en los senderos de la moralidad y la ética.

Tal vez, la certeza del *mal* se materialice en el dolor, en la experiencia consciente del dolor como sufrimiento, como llamado a la finitud, como exigencia de un *por qué* ante el simple

existir. Sí, el dolor humano, esa suerte de colocación entre el desamparo y lo meramente natural, alberga el resentimiento hacia otras personas y hacia uno mismo, cuando dejamos de creer en algo más allá de nuestras capacidades físicas y hacemos a un lado toda esperanza. Quizá sea ahí cuando la semilla del *mal* empieza a germinar. Y, como metáfora, pueda uno acompañar a Marguerite Yourcenar (1985), quien considera que *todo dolor al que uno se abandona acaba por convertirse en serenidad*.

Sin embargo, el *mal* más doliente, la consciencia humana lo afirmaría, es el del *sinsentido de la vida*, ese que envenena y nos vuelca hacia la nada, nos desespera al ver cómo la vida se reseca, se resquebraja, nos abandona, despacio, para aumentar la angustia. Y el *mal*, *ahí*, impregnando todo, solamente *siendo* entre el *sentir* o el *pensar*.

Bibliografía

- Agustín, San (1952), *Confesiones*, trad. de Lorenzo Riber, Aguilar, Madrid.
- Alberoni, Francesco (1992), *Las razones del bien y del mal*, trad. de Guido Filippi, Gedisa, Barcelona.
- Baudelaire, Charles (1994), *Les Fleurs du Mal*, Flammarion, Paris.
- Boecio (1985), *La consolación de la filosofía*, trad. de Pablo Masa, Sarpe, Madrid.
- Burton Russell, Jeffrey (1996), *El príncipe de las tinieblas. El poder del mal y del bien en la historia*, trad. de Óscar Luis Molina S., Andrés Bello, Chile.
- Descartes, René (1990), *Meditaciones metafísicas*, trad. de Manuel García Morente, Espasa-Calpe, México.
- Dostoievski, fiódor M. (1981), *Crimen y castigo*, en *Obras Completas*, Tomo II, trad. de Rafael Casinos Assens, Aguilar, Madrid, pp. 7 – 399.
- _____ (1958), *Los hermanos Karamásovi*, en *Obras Completas*, Tomo III, trad. de Rafael Casinos Assens, Aguilar, Madrid, pp. 7 – 612.
- Ferrier, Francis (1967), *El mal, piedra de escándalo*, trad. de Mauro Ma. Huici, Casal I Vall, Andorra.
- Kant, Immanuel (1981), *La religión dentro de los límites de la mera razón*, trad. de Felipe Martínez Marzoa, Alianza Editorial, Madrid.
- Mauriac, Francois (1979), *Novelas escogidas*, trad. de M. Bosch, F. Gutiérrez, J. Larraya, E. Piñas y M. Ros, Aguilar, Madrid.
- Oz, Amos (1993), “Paz, amor y compromiso”, en *Vuelta*, No. 197, trad. de Jorge Brash, México, pp. 20 – 24.
- Platón (1983), *Apología*, trad. de María Juana Ribas, Sarpe, Madrid.
- _____ (1991), *La república*, trad. de José Manuel Pavón y Manuel Fernández-Galiano, Alianza Editorial, Madrid.

Ricoeur, Paul (2004), *Finitud y culpabilidad*, trad. de Cristina de Peretti, Julio Díaz Galán y Carolina Meloni, Trotta, Madrid.
Sagrada Biblia (1968), Versión directa de las lenguas originales por Eloíno Nácar Fuster y Alberto Colunga, O.P., Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid.

Schelling, Friedrich Wilhelm Joseph von (2004), *Investigaciones filosóficas sobre la esencia de la libertad humana y los objetos con ella relacionada*, trad. de Helena Cortés y Arturo Leyte, Anthropos, Barcelona.

Sichère, Bernard (1996), *Historias del mal*, trad. de Alberto Luis Bixio, Gedisa, Barcelona.

Spinoza, Baruch (1986), *Cartas del mal*, presentación de Gilles Deleuze, Folios, México.

Yourcenar, Marguerite (1985), *Fuegos*, trad. de Emma Calatayud, Alfaguara, Madrid.